

El problema gitano

JAVIER DOMÉNECH

Ya ha vuelto a ocurrir. Y nadie se puede sorprender. En nuestras calles, una reyerta entre tribus gitanas y mercheros se transformó en batalla campal, donde los contendientes, armados con palos, bates de béisbol, navajas e incluso pistolas, acabaron sus disputas dejando un muerto y varios heridos. Los protagonistas son sobradamente conocidos por sus vecinos y por la Policía: los Kioba, los Larralde, y tantos otros. Los testigos presenciales afirman que la preparación fue similar a las luchas de la película «West Side Story»: algo premeditado, no surgido por el calor de una bronca o una mala borrachera. En suma, un nuevo ajuste de cuentas, de los que hacen gala frecuente los miembros de algunas comunidades gitanas y mercheras de Santander y de toda España.

No hace muchos años, en un pub del Sardinero otra pelea acabó con la vida de una persona acuchillada por dos jóvenes de raza gitana. Y pregúntese en Cueto o en La Albericia por las continuas reyertas existentes. En Valladolid, recientemente, hubo varias muertes a tiros, como en otros muchos lugares de la geografía hispana, desde Cataluña a Andalucía, desde La Mancha a Galicia. Si repasamos las columnas de sucesos, los casos más sanguinarios, con muertos por arma blanca o a tiros tienen como protagonistas constantes a dos tipos sociales: los gitanos y los inmigrantes.

Los bien pensantes afirman que se debe a la marginación y la pobreza. Y no estoy de acuerdo: se debe a la delincuencia ejer-

cida de forma habitual. El inmigrante recién llegado que busca en el tráfico de droga y en el proxenetismo un dinero fácil, es un delincuente, no un marginado. Delincuente es quien, pobre o rico, infringe la ley. Y no suelen ser precisamente los más pobres quienes delinquen, aunque estén sometidos a intolerables explotaciones y desprecios. El abundante dinero que se alcanza con el tráfico de drogas o con la trata de blancas, no está relacionado con la pobreza, sino con unos grupos sociales especializados. Entre ellos, destacan muchas comunidades de tribus gitanas y clanes mercheros, y hay que empezar a llamar a las cosas por su nombre, sin ampararnos en eufemismos o devaneos intelectuales. Existen los gitanos como comunidad y la «gitanada» como actitud delictiva. Son cosas distintas, y conviene diferenciarlas.

Los gitanos viven en la sociedad española desde hace siglos y nunca han mostrado voluntad de integrarse, manteniendo unas costumbres que chocan frontalmente con las de la mayoría de gentes que les rodean. Su concepto del honor es atávico y si se mancilla, la ofensa se resuelve con sangre. Esto es típico de sociedades no evolucionadas en las que el primitivismo de la «ley del Talión» se mantiene por encima de otras consideraciones. También hace muchos siglos, los no gitanos, solucionaban sus problemas en luchas tribales, pero la Ley y el Derecho, sustituyeron a la venganza familiar y hoy en una sociedad civilizada, no se acude a la navaja o la pistola para sol-

ventar las deudas. En todos los aspectos de la convivencia, existen obligaciones y derechos. Pagamos impuestos para obtener unos servicios a cambio. Delegamos nuestra defensa en la Policía y en la Justicia. Elegimos a nuestros representantes para que a través de las leyes dicten las normas de convivencia. Educamos a nuestros hijos para que nos superen en el futuro. Pero si ciertas comunidades de raza gitana no asumen sus obligaciones, si eluden sistemáticamente el pago de impuestos, si no respetan las normas legales de la convivencia ordenada, si no educan a sus hijos, dedicándoles a la mendicidad habitual, si no aseguran sus bienes en previsión de daños que puedan ocasionar, si transforman las zonas donde asientan en focos de delincuencia e insalubridad, y si resuelven sus querellas por la vía atávica de venganzas a navajazos o a tiros, se convierten en «gitanada». En estas comunidades de apariencia empobrecida, con harta frecuencia, fluye un dinero subterráneo obtenido en el mundo sórdido de la droga y el robo, mientras unas leyes no escritas imponen sus normas a los suyos y a quienes con ellos se tropiezan. Los primeros interesados en marcar claramente la diferencia, deben ser los propios miembros de la sociedad gitana. Muchos consideran a este submundo como consecuencia de la marginación, lo cual es una ilusión de almas bienintencionadas. El mayor marginado es quien no quiere integrarse. Su distinción es de sentido común y muchos la tergiversan, confundiendo la diferen-

cia existente entre pobreza y marginación, con delincuencia. En los últimos 100 años, la sociedad que más inmigración empobrecida ha recibido proveniente de los más diversos orígenes culturales, ha sido la americana: desde los antiguos esclavos negros, hasta italianos, irlandeses, eslavos, asiáticos, musulmanes e hispanos. Todos ellos llegaron con costumbres, idiomas, religiones, tradiciones, que chocaban frontalmente con el medio donde acudían. Y tras unos años de pobreza y marginación, incluso de delincuencia organizada, estos millones de inmigrantes de diferentes razas y culturas, han ido incorporándose a la sociedad americana, aceptando sus normas de convivencia.

En España nos encontramos en la actualidad ante el reto de la llegada de miles de inmigrantes, cuya integración futura dependerá de su actitud, de nuestra tolerancia y de cómo nuestra sociedad haga respetar las normas de convivencia a las que todos nos sometemos. Ante la experiencia de lo que está ocurriendo en otros países europeos, en una o dos generaciones es de esperar que la integración sea completa. Sin embargo, permanecerá la automarginación y la pobreza de aquellos que voluntariamente se marginen de la sociedad, exhibiéndose como víctimas, y manteniendo unos hábitos de convivencia que hace ya siglos fueron superados en las sociedades civilizadas.

Cardiólogo y ex concejal del Ayuntamiento de Santander